

dossier
Vida Cristiana

VE Y HAZ TÚ LO MISMO

Amor, justicia y diálogo
en el mundo actual

Teresa Gómez (ed.)



Teresa Gómez (ed.)

*VE Y HAZ
TÚ LO MISMO*

www.opusdei.org

© 2026 Oficina de Comunicación
del Opus Dei

Índice

Presentación

I A mí me lo hicisteis

El primer mandamiento

Al prójimo como a ti mismo

Dignidad humana y responsabilidad cristiana

El mundo en heredad

Personal y responsable

La doctrina social de la Iglesia en diálogo con el mundo

Verdad, libertad, justicia y caridad

La promesa de Jesús

II Un sólo corazón y una sola alma

Un solo corazón y una sola alma

Una llamada a cuidar

Adán, Cristo y toda la humanidad

La Iglesia, cuerpo de Cristo

La tentación del rechazo

Responsabilidad personal en la salvación de todos

Una familia fuerte

III En primera línea de la transformación del mundo

Una llamada a sentir el mundo como nuestro

Virtudes claves para servir a la sociedad

Transformarnos constantemente para cambiar el mundo

Expandir nuestra zona de confort

Ver a Cristo en cada persona

IV Llamados a escuchar

Una conversación cara a cara
Diálogo: juntos hacia la verdad
La responsabilidad de ser libres
Libertad y error
Hijos de Dios

V Hijos agradecidos

«Te doy gracias, Padre»
Una mirada y un corazón agradecidos
Acoger al otro como don: una invitación al bien común
Edificar el bien común en comunión
La suma de muchos pocos

Presentación

«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Mt* 22,37-39). Jesús sintetiza de esta forma la guía para el obrar moral, haciendo que gire alrededor del amor. Ante la pregunta de uno de sus oyentes sobre quién es nuestro prójimo, narra la historia del hombre herido al que un samaritano socorre. Al final de la parábola, cuando el maestro de la ley reconoce que la actitud adecuada ante los demás es la de quien tiene misericordia del hombre malherido, Jesús le dice: «Pues ve, y haz tú lo mismo».

La dimensión relacional del ser humano —que no es un individuo aislado— aparece ya en el Antiguo Testamento, donde Adán no es una figura singular sino que encierra en sí la humanidad entera. La relación con Dios, con el prójimo y con la tierra son las tres relaciones fundamentales del hombre que proponen los relatos de la creación del Génesis.

A partir del Nuevo Testamento, además, los cristianos formamos parte del Cuerpo de Cristo, su Iglesia. La Iglesia nos invita a actuar con iniciativa y responsabilidad para modelar las realidades sociales, cuidar de la creación y promover el bien común, viendo en todos los hombres a nuestros hermanos, parte de una sola familia. Esta responsabilidad se funda en la dignidad de la persona y la custodia sobre lo creado. A lo largo del tiempo, estas ideas se han desarrollado en varios principios que configuran la doctrina social de la Iglesia.

Los cristianos compartimos con muchas otras personas este deseo de hacer realidad los ideales que queremos para nuestro mundo: justicia, solidaridad, caridad. Las necesidades sociales, los derechos y deberes ciudadanos, las relaciones entre países, el diálogo o la acción política nos interpelan como cristianos, hijos de un mismo Padre, a «estar

activa, libre y responsablemente presentes en la vida pública» (san Josemaría, *Carta* n. 3, 48).

No siempre, sin embargo, es fácil trabajar juntos, sin roces o conflictos, con quienes piensan o viven de otros modos. En un mundo donde la comunicación está al alcance de un clic, paradójicamente el verdadero diálogo puede ser cada vez más difícil de conseguir. También en esto los cristianos tenemos el ejemplo de Jesús, que sale al encuentro de quien piensa distinto y acoge a las personas, por encima de desencuentros o errores.

Estos textos nos ayudan a reflexionar sobre cómo pueden hacerse realidad en nuestras vidas estos deseos de amistad social, desarrollo humano, justicia, caridad, paz. De forma que, al final de nuestros días, Cristo mismo nos pueda decir: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis».

[Volver al contenido](#)

I

A mí me lo hicisteis

Los cristianos sabemos que formamos parte de la gran familia de los hijos de Dios. Nuestra identidad más profunda, ser hijos del Padre, nos configura como hermanos de todos los hombres, creados a su imagen y semejanza. Sin embargo, también sabemos que las relaciones fraternas no son fáciles. A raíz del pecado original, el trato entre nosotros está marcado por la herida de la primera caída, que destruye la armonía de las relaciones entre los hombres, además de la relación del género humano con la creación^[1]. Desde los primeros hermanos de los que nos habla la Biblia, Caín y Abel, y el fratricidio cometido por el mayor, siempre ha habido conflictos familiares: Esaú y Jacob pelearon por la primogenitura, José fue traicionado por sus hermanos mayores, Moisés sufrió a causa de Aarón y Miriam...

También en el Evangelio encontramos hermanos entre los cercanos a Jesús: Pedro y Andrés, Santiago y Juan, María, Marta y Lázaro. Y también allí se asoman los enfrentamientos entre ellos, tanto en los ejemplos que Jesús propone a los que le escuchan —por ejemplo, cuando al volver el hijo pródigo de la parábola su hermano se enfada ante la reacción paterna de celebrarlo con una fiesta, negándose a entrar en casa (cfr. *Lc* 15,28)— como entre las personas que lo rodean: «Maestro, di a mi hermano que comparta la herencia conmigo» (*Lc* 12,13); «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en las tareas de servir? Dile entonces que me ayude» (*Lc* 10,40).

Sin embargo, Jesús ha dado a las relaciones humanas una nueva dimensión: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt* 25,40). Él, haciéndose uno de nosotros, se identifica con el más débil de nuestros hermanos los hombres, el que más sufre, el que más injusticias padece. Ningún cristiano puede permanecer indiferente ante otra

persona, porque en ella ve no solo a un igual, sino al mismo Cristo. «En cada uno de ellos hemos de reconocer a Cristo, hemos de ver en cada uno de ellos a Jesús como nuestro hermano; y así nos será más fácil prodigarnos en servicios, en atención, en cariño, en paz y en alegría»^[2], anima san Josemaría.

El primer mandamiento

Comentando la parábola del buen samaritano, el Papa Francisco explica que recoge un trasfondo de siglos: «Poco después de la narración de la creación del mundo y del ser humano, la Biblia plantea el desafío de las relaciones entre nosotros. Caín destruye a su hermano Abel, y resuena la pregunta de Dios: “¿Dónde está tu hermano Abel?” (Gn 4,9). La respuesta es la misma que frecuentemente damos nosotros: “¿Acaso yo soy guardián de mi hermano?” (Gn 4,9). Al preguntar, Dios cuestiona todo tipo de determinismo o fatalismo que pretenda justificar la indiferencia como única respuesta posible. Nos habilita, por el contrario, a crear una cultura diferente que nos oriente a superar las enemistades y a cuidarnos unos a otros»^[3].

Si nos preguntaran, seguramente afirmaríamos que intentamos ver en los desconocidos a otro Cristo, o que consideramos a hombres y mujeres como nuestros hermanos. Pero el desapego del hermano nos puede suceder con frecuencia, en situaciones ordinarias. Podemos criticar a los políticos que no nos gustan en cuanto aparecen en las noticias, desconfiar de quienes son distintos por su presencia o comportamiento, despreciar o ignorar a quienes pertenecen a otro estrato social o tienen una situación económica distinta, discutir por un resultado deportivo o por cómo deben dormir los bebés. Incluso podemos juzgar con dureza a otros cristianos por considerar —con razón o sin ella— que no actúan como tales.

No podemos olvidar que la parábola del buen samaritano surge a raíz de la pregunta «¿quién es mi prójimo?», formulada a Jesús por un maestro de la ley, que se quería justificar después de haberle preguntado sobre la vida eterna. La respuesta a la cuestión original la

sabían ya sus oyentes, pues estaba en la Torá: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo» (*Lc* 10,27; cfr. *Dt* 6,5 y *Lv* 19,18). Jesús va más allá al identificar ambos mandamientos: «Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es como este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas» (*Mt* 22,38-40). Al final de la parábola, cuando el maestro de la ley reconoce que la actitud adecuada es la de quien tiene misericordia del hombre malherido, Jesús le dice: «Pues anda, y haz tú lo mismo».

Al prójimo como a ti mismo

En el Nuevo Testamento, por lo tanto, no hay dudas sobre qué se nos pide a quienes queremos seguir a Jesús. «Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás, y el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: todo el que se llene de ira contra su hermano será reo de juicio; y el que insulte a su hermano será reo ante el Sanedrín; y el que le maldiga será reo del fuego del infierno» (*Mt* 5,21-22). Transcurridos algunos años de esas enseñanzas, Juan exhortaba a los primeros cristianos a vivir la caridad fraterna como parte indispensable del amor a Dios: «Si alguno dice: “Yo amo a Dios”, y al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. Pues si uno no ama a su hermano, a quien ve, tampoco puede amar a Dios, a quien no ve» (*1Jn* 4,20).

Nosotros queremos «ver» al prójimo, tal como dice san Juan, y reconocer en él a Cristo mismo, especialmente en el caso de quienes sufren. A veces uno mismo ha estado en una situación dolorosa o de vulnerabilidad, otras veces nos hemos encontrado con ella: alguien que carece de vivienda con quien nos cruzamos habitualmente en la calle; compañeros de trabajo que sufren discriminación por su país de origen o el color de su piel; conocidos con una enfermedad degenerativa o problemas de movilidad que requerirían esfuerzos y gastos extraordinarios para llevar una vida digna; mujeres que encuentran obstáculos en su trayectoria educativa o profesional, por

el solo hecho de serlo; niños y jóvenes que asisten a clase sin los recursos necesarios para realizar con éxito sus estudios; amigos enganchados a la pornografía, al juego o a la droga. Por no hablar de las guerras, el hambre, las epidemias o los desastres naturales que a muchos nos afectan o nos pueden afectar en el futuro.

Dignidad humana y responsabilidad cristiana

A lo largo de los siglos, muchos valores cristianos han penetrado en la sociedad y la han hecho más humana. Poco a poco hemos aprendido a reconocer en el otro a alguien con dignidad, que merece ser tratado con respeto y cuyos derechos valen tanto como los míos. La filosofía, la sociología y el derecho, entre otras disciplinas, han ido explorando el valor de cada vida humana y la forma de protegerla, tanto a nivel individual como colectivo. El desarrollo en campos como la ingeniería, la economía y la medicina ha permitido mejorar las condiciones de vida de grandes sectores de la población mundial, aunque todavía queda mucho por hacer y no dejan de aparecer continuamente nuevos retos.

A veces percibimos que muchos echan en cara a los cristianos la falta de coherencia entre principios evangélicos y actuación pública o consideran que la fe es un refugio que permite evadir responsabilidades. Como si rezar fuera sinónimo de pasividad, o esperar la vida eterna llevara a desentenderse del mundo, olvidando a quienes nos necesitan. «En realidad, la fe colma de motivaciones inauditas el reconocimiento del otro, porque quien cree puede llegar a reconocer que Dios ama a cada ser humano con un amor infinito y que “con ello le confiere una dignidad infinita”. A esto se agrega que creemos que Cristo derramó su sangre por todos y cada uno, por lo cual nadie queda fuera de su amor universal. Y si vamos a la fuente última, que es la vida íntima de Dios, nos encontramos con una

comunidad de tres Personas, origen y modelo perfecto de toda vida en común»^[4].

El mundo en heredad

El prelado del Opus Dei anima frecuentemente a sentir todo el mundo, con lo que contiene, como algo muy nuestro, siguiendo las palabras de san Pablo: «ya sea el mundo, la vida o la muerte; ya sea lo presente o lo futuro; todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios» (1Cor 3,22-23).

«Ante esta realidad nos alegramos con las alegrías de los demás, disfrutamos de todas las cosas buenas que nos rodean y nos sentimos interpelados por los desafíos de nuestro tiempo. A la vez, sentimos muy dentro del alma la situación del mundo, particularmente la triste realidad de la guerra, y de otras situaciones de grandes necesidades y sufrimientos de tantísimas personas, especialmente de las más débiles»^[5].

Dios nos ha dado el mundo por heredad (cfr. Sal 2,8), por lo que está en nuestra mano transformarlo. No hemos elegido el momento histórico o el lugar en el que vivimos, pero las circunstancias que nos han tocado son precisamente la ocasión con la que Dios cuenta para que saquemos adelante lo que él mismo ha puesto en nuestras manos.

Los cristianos queremos un corazón a la medida del de Cristo, un corazón que sienta las necesidades ajenas como propias, y que nos lleve a actuar en consecuencia. Esto es un don de Dios: «llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor»^[6], pedimos al Espíritu Santo para nosotros y para todos en la Iglesia. A la vez, «obras son amores, y no buenas razones»: un cristiano comprometido con el amor de Dios es necesariamente un cristiano

que busca activamente transformar la sociedad, luchando por hacerla cada vez más conforme con la lógica de Dios y su amor a los hombres.

Personal y responsable

Este compromiso se muestra, en primer lugar, en una oración encendida y constante, la insistencia filial de quien pide algo bueno para las personas a las que quiere: «En la oración debemos ser capaces de llevar ante Dios nuestros cansancios, el sufrimiento de ciertas situaciones, de ciertas jornadas, el compromiso cotidiano de seguirlo, de ser cristianos, así como el peso del mal que vemos en nosotros y en nuestro entorno, para que él nos dé esperanza, nos haga sentir su cercanía, nos proporcione un poco de luz en el camino de la vida»^[7].

Además de la actitud de presentar a Dios todas estas necesidades, es un deber de justicia actuar para transformar el mundo, hacerlo más humano, más cristiano, más divino, mostrando la verdad, el bien y la belleza del plan de Dios para la felicidad de hombres y mujeres. Codo a codo con los demás, el cristiano busca, con la creatividad del amor, nuevas formas para que el mensaje que Cristo nos dejó en el evangelio se haga realidad en las circunstancias en las que nos movemos, aquí y ahora.

Esto se puede hacer de muchas formas: dependerá de las circunstancias del lugar, del momento histórico, del carácter personal, de las posibilidades que se tienen por las circunstancias familiares y laborales... y de las propias preferencias políticas, económicas o sociales a la hora de ponderar las soluciones. «Por la propia naturaleza de la creación», enseña la Iglesia, «todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte»^[8]; a la vez, «los cristianos todos deben tener conciencia de la vocación particular y propia que tienen en la comunidad política; en virtud de esta vocación están obligados a dar ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al bien común»^[9].

Hay muchas maneras de hacer el bien, y la Iglesia anima a sus hijos a actuar desde la libertad y la pluralidad, sin imponer una determinada escuela. Movidos por el mismo ideal, los cristianos pueden agruparse en asociaciones religiosas o civiles; en la mayoría de los casos, sin embargo, trabajan en iniciativas públicas o privadas que no son promovidas por instituciones católicas, pero que se orientan a mejorar un determinado aspecto social.

La caridad «da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas»^[10]. Por eso, cada uno busca la forma de contribuir a resolver los problemas sociales que ve a su alrededor. San Josemaría alentaba a quienes se acercaban a él a ser ciudadanos responsables, capaces de transformar la sociedad, mejorándola mediante el propio trabajo. «La actuación de cada uno de nosotros, hijos, es personal y responsable»^[11].

Muchas veces se puede hacer un gran bien con pequeños gestos, que van configurando una actitud vital ante los demás. Estar disponible para escuchar al hijo adolescente puede facilitar la apertura al diálogo con la cultura contemporánea. Tratar a los abuelos mayores con atención y cariño, contribuye a educar la mirada ante los frágiles y vulnerables. Rechazar en el trabajo las conversaciones en las que se critica o difama a quien no está presente y no puede defenderse, fomenta los ambientes de respeto y confianza.

Otras veces, la capacidad transformadora vendrá por nuestra formación profesional o nuestra posición en la sociedad, mediante el propio trabajo, la movilización ciudadana o la decisión de dedicarse a la política: influir en proyectos de ley que faciliten a las familias el acceso a los recursos que necesitan, denunciar abusos de corrupción económica, acabar con costumbres que segregan a algún sector de la población... Un médico, una parlamentaria, el CEO de una empresa o una periodista pueden hacer bien su trabajo sin «meterse en líos»,

pero también pueden «complicarse la vida» para contribuir con su labor a la construcción de un mundo más justo.

*La doctrina social
de la Iglesia en diálogo
con el mundo*

La Iglesia proclama los principios morales en el ámbito social cuando están en juego los derechos fundamentales de la persona humana o la salvación de las almas^[12]. Instituida por Cristo para llevar a todos los hombres el mensaje de salvación, no puede quedarse de brazos cruzados ante todo lo que es humano. A partir del siglo XIX, para facilitar que la actuación de los cristianos fuera justa ante los nuevos modelos económicos, políticos y sociales, estableció algunos parámetros que ayudaran a no perder de vista el mensaje del Evangelio ante esas situaciones novedosas. Por eso, el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia recoge algunos principios que sirven de guía.

El principio del bien común defiende que debe haber un conjunto de «condiciones de la vida social» que permitan «a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección»^[13]. El principio del destino universal de los bienes nos recuerda que «los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa», en justicia y caridad^[14]. Por el principio de subsidiaridad, «todas las sociedades de orden superior deben ponerse en una actitud de ayuda (*subsidium*) —por tanto de apoyo, promoción, desarrollo— respecto a las menores»^[15]; y así se cuida «la familia, los grupos, las asociaciones, las realidades territoriales locales, en definitiva, aquellas expresiones agregativas de tipo económico, social, cultural, deportivo, recreativo, profesional, político, a las que las personas dan vida espontáneamente y que hacen posible su efectivo crecimiento social»^[16].

El principio de participación es consecuencia de lo anterior, y «se expresa, esencialmente, en una serie de actividades mediante las cuales el ciudadano [...] contribuye a la vida cultural, económica,

política y social de la comunidad civil a la que pertenece. La participación es un deber que todos han de cumplir conscientemente, en modo responsable y con vistas al bien común»^[17]. Por último, el principio de solidaridad «implica que los hombres de nuestro tiempo cultiven aún más la conciencia de la deuda que tienen con la sociedad en la cual están insertos [...]. Semejante deuda se salda con las diversas manifestaciones de la actuación social»^[18].

Estos principios nos hacen descubrir que muchas de las iniciativas sociales que florecen a nuestro alrededor se apoyan en valores compartidos. Estudiarlos y darlos a conocer puede ser la ocasión de trabajar junto al resto de habitantes de nuestros países en la construcción de una sociedad más justa.

Verdad, libertad, justicia y caridad

Hay cuatro valores fundamentales sobre los que se apoyan los principios de la doctrina social de la Iglesia: la verdad, la libertad, la justicia y el amor.

El amor al prójimo debe impulsar la vida de los cristianos, tanto a nivel personal como social. «La Iglesia no solo debe anunciar la Palabra, sino también realizar la Palabra, que es caridad y verdad»^[19]. Lo hemos visto tal vez de forma más clara en los últimos años: ante crisis globales, hay una respuesta de solidaridad que une a quienes sufren juntos. Hay familias que se reencuentran ante la enfermedad de un ser querido, o vecinos que empiezan a hablarse cuando se ven forzados a pasar más tiempo en casa. Son actitudes que podemos incorporar también cuando no son las circunstancias las que nos llevan a ello: ¿Sé los nombres de quienes viven en mi edificio, o en la casa más remota del pueblo? ¿He hablado alguna vez con cada uno, interesándome por sus circunstancias, buscando hacerme cercano?

Lo que desde fuera acaso parezca un simple gesto de buena educación o una muestra de amabilidad, puede de hecho reflejar el amor de Dios por cada uno: «El amor, lleno de pequeños gestos de cuidado mutuo, es también civil y político, y se manifiesta en todas las acciones que

procuran construir un mundo mejor. Por esa razón, el amor no sólo se expresa en relaciones íntimas y cercanas, sino también en las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas»^[20]. La unidad de vida de un cristiano coherente le lleva a actuar con caridad a todos los niveles, tanto en lo que le toca de cerca como en los temas más lejanos.

Partiendo del respeto a todos, poniendo el bien de cada persona por encima de ideas u opiniones, los cristianos podemos intervenir en todo tipo de cuestiones, con responsabilidad y creatividad, sin atribuir a la Iglesia lo que es el modo de hacer de cada uno. «Los cristianos gozáis de la más plena libertad, con la consecuente responsabilidad personal, para intervenir como mejor os plazca en cuestiones de índole política, social, cultural, etcétera»^[21].

«Quien ama con caridad a los demás, es ante todo justo con ellos. No basta decir que la justicia no es extraña a la caridad, que no es una vía alternativa o paralela a la caridad: la justicia es (...) intrínseca a ella. La justicia es la primera vía de la caridad»^[22]. Y viceversa: la lucha por el bien común siempre estará guiada por la comprensión y el respeto. No tendría sentido buscar la justicia con dureza de corazón o alegrarnos de algo objetivamente malo porque confirma nuestra opinión.

Ante personas cercanas que sufren las consecuencias de acciones o modos de vida contrarios a la moral, o que rectifican y quieren acercarse a Dios o a otro estilo de vida, la única postura posible en un cristiano es el acompañamiento lleno de cariño y comprensión, nunca una respuesta autocomplaciente que mira a los demás por encima del hombro. Al igual que la Iglesia entra en diálogo con el mundo desde la caridad, nosotros, desde el mundo, buscamos una conversación abierta a todos, que incluya a todos y no se cierre ante propuestas que percibimos como amenazas, sino que sepa acoger distintos puntos de vista, aprendiendo de los demás.

Tampoco los apóstoles eran un conjunto uniforme. Venían de entornos distintos, tenían diferentes profesiones, caracteres a veces poco compatibles, opiniones opuestas... Pero los unía el amor a Cristo

y la misión de llevar al mundo la Buena Nueva. Así, conjugando la primacía de Pedro y la colegialidad con su propia identidad, cumplieron el mandato de Cristo: «Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura» (Mc 16,15).

La promesa de Jesús

Esta obligación cristiana del amor al prójimo se realiza, como todas, partiendo del amor de Dios por los hombres. Es él quien transforma los corazones y renueva el mundo: «La caridad y la justicia no son únicamente acciones sociales, sino que son acciones espirituales realizadas a la luz del Espíritu Santo»^[23].

Sabemos que no podemos conseguir una justicia perfecta en la tierra, y contamos con la justicia de la vida eterna. Sin embargo, eso no nos lleva a descuidar nuestros deberes terrenos, porque sabemos que la vida eterna dependerá de lo que nos hayamos esforzado aquí por vivir ese «a mí me lo hicisteis» de Jesús. Esperamos transformar el mundo, contribuir a la felicidad de aquellos que nos rodean, y ser felices así también nosotros, porque oímos de labios de Jesús lo que prometió un día a quienes le escuchaban: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque quedarán saciados» (Mt 5,6).

Teresa Gómez

[Volver al contenido](#)

II

Un sólo corazón y una sola alma

Desde el comienzo, los discípulos de Cristo vivían en una relación de comunión tanto en lo espiritual como en lo material. En los Hechos de los Apóstoles se recoge que «perseveraban asiduamente en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (*Hch* 2,42); «todos los creyentes estaban unidos y tenían todas las cosas en común» (*Hch* 2,44), y «partían el pan en las casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón» (*Hch* 2,46).

Esa actitud de los primeros cristianos se extendía en actos de solidaridad tanto con los hermanos como con personas cercanas que padecían necesidad. Los Hechos citan la atención a huérfanos y viudas, el reparto de bienes a los necesitados, las curaciones milagrosas. Así como Jesús había dedicado gran parte de su ministerio a la curación de paralíticos, ciegos o leprosos, a resucitar muertos, alimentar a hambrientos o liberar a los poseídos, también sus discípulos, empujados por la caridad del Espíritu Santo, trataron de imitar el corazón misericordioso de Cristo y de reconocerle en los pobres, enfermos y cautivos.

Al madurar y extenderse, la Iglesia incorporó de forma institucional la atención a las necesidades materiales y espirituales de hombres y mujeres. San Justino, hacia el año 150, describe la reunión dominical de los fieles (la Misa). La asamblea empieza con recuerdos y la lectura de los apóstoles o de los profetas, seguida de una exhortación de quien preside la liturgia y de preces; se ofrece a continuación el pan y el vino y tras la consagración de la acción de gracias se distribuyen a los asistentes; y por último tiene lugar lo que ahora llamaríamos colecta: «los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, da lo que bien le parece, y lo recogido se entrega al

presidente y él socorre con ello a huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso»^[1]. Más adelante, esta atención individual cuajó en instituciones como hospitales, orfanatos, escuelas para familias sin recursos o universidades.

Una llamada a cuidar

El Papa Francisco y sus predecesores insisten en que no permanezcamos indiferentes ante quien tiene más necesidad y nos impulsan a crear estructuras sociales que contribuyan a que los más desfavorecidos se desarrollen dignamente^[2]. Pero ¿por qué debo ocuparme de los pobres o, si yo mismo lo soy, de quien tiene más necesidad que yo? Para ser un cristiano coherente, ¿no basta con que la vida individual y privada de cada uno sea honesta cara a Dios? Benedicto XVI nos anticipa la respuesta: «el culto agradable a Dios nunca es un acto meramente privado»^[3], es más, «la unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán»^[4].

Ya el Génesis pone, al principio de la historia de la humanidad, la pregunta de Dios por el «otro»: «Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?». La respuesta de Caín, «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?», esconde tras el rechazo de esa responsabilidad la culpa del homicidio (cfr. *Gn* 4,9). La pregunta de Dios, explica el Papa Francisco, quiere poner en evidencia que no podemos «justificar la indiferencia como única respuesta» y abre la puerta a «crear una cultura diferente que nos oriente a superar las enemistades y a cuidarnos unos a otros»^[5]. Aquí están recogidas las dos grandes

tentaciones que solemos tener respecto al otro: la frialdad de la indiferencia y la exacerbación de la diferencia.

Adán, Cristo y toda la humanidad

La dimensión social, relacional, de la persona ha quedado empañada en las últimas décadas, especialmente en algunas culturas, por el individualismo, el consumismo, la desaparición de vínculos o el ensalzamiento de la subjetividad.

No era así en la Iglesia primitiva. La mentalidad judía, que caracterizaba también a los primeros cristianos, difería de la nuestra en un aspecto clave: para ellos, Adán (y sobre todo Cristo, como segundo Adán) no era solamente un hombre singular, sino también un ser colectivo que contenía, en su cuerpo, a toda la humanidad. En su significado semita, el hombre no «tiene» un cuerpo, sino que «es» un cuerpo^[6]. En hebreo el término *basar* significa carne, pero también ser vivo —carne animada— y ser humano, incluida el alma. Se usa en la Sagrada Escritura con distintos significados, y en griego se traduce tanto por *sarx* (carne) como por *sôma* (cuerpo). El sentido hebreo incluye la unidad entre los seres humanos por su naturaleza compartida y su relación mutua: por eso Eva es «carne de su carne» respecto a Adán. En cambio, *sôma* remite solamente al individuo, y en este sentido resalta la distinción: más que «tenemos la misma carne (naturaleza)», tiene el sentido de «mi carne (y, por tanto, mi vida) es distinta de la tuya». Occidente ha heredado esta última acepción.

Cuando la Sagrada Escritura habla de Adán, se está refiriendo también a todo el género humano contenido, de algún modo, en su cuerpo. «Todo el género humano es en Adán “como el cuerpo único de un único hombre”»^[7], explica el Catecismo, citando a santo Tomás. Por eso, todo acto bueno de alguno de los miembros favorece la unidad de todo el cuerpo y toda infidelidad, en cambio, la desgaja, provocando la división de la humanidad. El pecado original, al haber sido cometido por Adán, pasa a ser universal, como lo es también la

salvación obrada por Cristo. Pablo habla del «hombre viejo» que hay en cada uno de nosotros, por pertenecer al género humano, que queda sepultado por el Bautismo, cuando renacemos a una nueva vida en Cristo^[8].

En esos primeros siglos, los Padres de la Iglesia ya manifiestan su concepción de la humanidad como un todo, un único cuerpo. Comprenden que, cuando Adán peca, es toda la humanidad la que peca: «llevamos todos su nombre», afirma san Ireneo de Lyon^[9]; «todos salimos del Paraíso junto con Adán, que lo dejó a sus espaldas», escribe san Efrén^[10]. Cristo viene a restaurar la unidad perdida en el cuerpo de Adán, a reagrupar el género humano: así como en Babel la humanidad sufre una fuerte división, en Cristo recibimos el Espíritu Santo, que hace que, incluso hablando diversas lenguas, los cristianos podamos entendernos, en una nueva Pentecostés^[11].

La Iglesia, cuerpo de Cristo

Llaman la atención las palabras de Jesús cuando se aparece a Saulo, camino a Damasco: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? [...] Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (*Hch* 9,4-5). Jesús resucitado identifica a sus discípulos consigo mismo, y Saulo comprende que entre Jesús y la Iglesia hay una unión tan estrecha que forman una unidad, de modo que perseguir a los discípulos significa perseguir al mismo Jesús. Esta identificación de la Iglesia con el cuerpo de Cristo significa que, si yo puedo identificarme con Cristo, y mis hermanos en la fe también, la unión entre nosotros es un vínculo mucho más fuerte que en cualquier institución humana.

Como buen hebreo, para Pablo la noción de cuerpo se refiere a una unidad que trasciende la individualidad del hombre. En Cristo, «por la naturaleza del cuerpo que ha hecho suyo, se contiene de algún modo el conjunto de todo el género humano»^[12]. Al encarnarse, él no sólo toma un cuerpo humano, individual, sino que en cierta manera nos asume a todos, junto a sí, en su cuerpo. Así es como Cristo dirige

su salvación a toda la humanidad, de modo que toda ella está llamada y habilitada a formar parte de su cuerpo, la Iglesia. Ésta no es católica, universal, por estar extendida por toda la tierra; ya era católica el día de Pentecostés^[13]. La Iglesia es católica porque va dirigida a toda la humanidad, que forma un solo cuerpo, el de Adán, desgajado por el pecado.

De aquí proviene la irrenunciable dimensión social de la Iglesia: es orgánicamente una. Es un cuerpo, el de Cristo (cfr. *1Cor* 12,27), y no una federación de asambleas locales. Por eso si un miembro de la Iglesia sufre en algo, con él sufren los demás^[14]. Esto significa que comprenderemos qué significa ser cristiano de modo verdadero y pleno en la medida en que hagamos nuestro este carácter social y vivamos de acuerdo con él. En cambio, cuando lo ignoramos dejamos de mostrar el verdadero rostro de la Iglesia.

La tentación del rechazo

Aunque comprendemos esta realidad —todos somos hermanos como descendientes de Adán, en nuestra humanidad, y como parte del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, por el Bautismo—, en nuestro día a día, muchas veces no reconocemos al otro como tal. A veces son primeras impresiones las que nos distancian, otras veces un juicio elaborado a partir de una experiencia continuada; en ocasiones la defensa de un bien o una verdad nos hace duros o sarcásticos; en otras ocasiones la fragilidad o el error en la vida de otros nos molestan. Entre católicos, opciones legítimas pueden acabar convirtiendo a personas rectas, buenas, comprometidas, en enemigos de bandos opuestos, sea por el modo de participar en la Misa, sea por las elecciones vinculadas a la educación de los hijos, sea por los autores a los que se sigue con más frecuencia. A veces hace falta muy poco para que los cristianos olvidemos que lo que nos une es algo mucho más fuerte y profundo de lo que puede ser motivo de división: defectos de carácter, modos de reaccionar ante un mal moral o social, divergencia de opiniones sobre el mejor modo de evangelizar, la opinión en cuestiones de política, etc.

Lo expresa C. S. Lewis de forma muy gráfica, en el conocido libro *«Cartas del diablo a su sobrino»*, donde el demonio experimentado explica al aprendiz precisamente que la iglesia visible puede ser una «tentación» por la que los cristianos nos dejamos llevar con asombrosa facilidad. Da algunos ejemplos, llenos de agudeza y buen humor, de cómo al «paciente», un hombre recién convertido al catolicismo, le cuesta entender el tesoro de la comunión en la diversidad incluso durante las ceremonias litúrgicas: «Tu paciente, gracias a Nuestro Padre de las Profundidades, es un insensato, y con tal de que alguno de esos vecinos desafíe al cantar, o lleve botas que crujan, o tenga papada, o vista de modo extravagante, el paciente creará con facilidad que, por tanto, su religión tiene que ser, en algún sentido, ridícula»^[15].

En este sentido, las relaciones entre los cristianos pueden aprender mucho de la fraternidad humana. Es una experiencia universal para quien tiene hermanos que, a pesar de posibles enfrentamientos, la presencia de un problema externo (acoso escolar, la enfermedad de uno de los padres, la muerte de un ser querido...) suele tener como reacción inmediata el olvido de conflictos menores, que da paso al apoyo, el cariño y la defensa recíproca. También personas en extremos opuestos en cuanto a sus ideas recuperan la humanidad del otro a veces, precisamente, por motivos de este tipo: porque su marido está enfermo de cáncer, porque se ha quedado sin trabajo, porque su hija ha nacido prematura. Estas situaciones, en las que enfrentamos el dolor, son muchas veces ocasión para que abramos los ojos y veamos que «somos corresponsables de cuidar el mundo, estableciendo relaciones fundadas en la caridad, la justicia y el respeto, especialmente superando la enfermedad de la indiferencia»^[16].

Responsabilidad personal en la salvación de todos

Al considerar la humanidad como una unidad, el cristianismo también hereda del judaísmo su concepción comunitaria de

salvación^[17]. Es decir, la fe no se reduce a «una opción individual que se hace en la intimidad del creyente [...] Por su misma naturaleza, se abre al “nosotros”, se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia [...] Por eso, quien cree nunca está solo»^[18]. Los demás hombres y mujeres forman parte de la propia vida y pasan a formar parte también de la propia responsabilidad personal, al pertenecer todos al mismo cuerpo. Son hermanos por los que velamos, con los que nos reconciliamos, a los que amamos. Ser cristiano no queda reducido a la conciencia individual de cada fiel.

Nuestra personalidad será tanto más fuerte cuanto más sólida sea nuestra pertenencia al cuerpo de Cristo. No podemos caer en la comodidad de pensar que es la Iglesia, como institución, la responsable de velar por los hermanos, a través de sus organismos caritativos, asistenciales, educativos, etc., y que a mí, bautizado de a pie, me corresponde solamente sacar adelante mi propia vida y la de los más allegados. «Ningún alma, ininguna!, puede resultarte indiferente», afirma con rotundidad san Josemaría^[19].

El modo en que comprendemos la fe, también en su dimensión social, incide directamente en nuestro actuar. Por tanto, plantear la propia vida al margen de los demás no es coherente con la dimensión social de la humanidad, asumida por Cristo.

Esto tiene consecuencias prácticas directas: ¿Me siento responsable de los demás, de que sean más felices, se sientan acogidos y comprendidos, acompañados hacia Cristo, Camino, Verdad y Vida? ¿Al defender mis opiniones, lo hago siempre con una mirada y un tono que reconocen al otro en su humanidad? ¿Veo en los demás hermanos con los que construir la Iglesia?

Una familia fuerte

La falta de unidad en la Iglesia, sea por indiferencia o por discrepancia, puede recordarnos a la torre de Babel. Esta vez el problema no se da necesariamente entre vecinos, sino quizás en redes sociales, a través de publicaciones en medios de comunicación, ataques desde cuentas anónimas o escritos que ponen en ridículo

otras formas de pensar, etc. Tras dos milenios de expansión y crecimiento de la Iglesia, se han fortalecido algunos aspectos (teología, pastoral, evangelización...), pero encontramos divisiones, muchas veces dentro de una misma comunidad. Entre quienes prefieren un modo u otro de celebrar los actos litúrgicos, quienes votan distintos partidos políticos o quienes defienden modos diversos de llevar a cabo la evangelización se puede levantar la bandera de «esta es la opción verdaderamente católica». San Josemaría alertaba: «Me parece oír gritar a san Pablo, cuando dice a los de Corinto: (...) ¿acaso Cristo está dividido?; ¿por ventura Pablo ha sido crucificado por vosotros, o habéis sido bautizados en su nombre, para que vayáis diciendo: yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, o yo de Cristo?»^[20].

Las heridas del cuerpo de Cristo duelen, porque es una fractura en lo más íntimo de la identidad cristiana: estamos llamados a ser miembros de un Cuerpo, piedras vivas que edifiquen la Iglesia... y la misión de evangelizar se ve afectada por divisiones entre quienes deberíamos colaborar con alegría. Por este motivo, la Iglesia no deja de animarnos a cuidar este aspecto, recordándonos que estamos llamados a ser «fuerzas de unidad dentro del Cuerpo de Cristo [...]». Con gran humildad y confianza pidamos al Espíritu que cada día nos haga capaces de crecer en la santidad que nos hará piedras vivas del templo que él está levantando justamente ahora en el mundo. Si tenemos que ser auténticas fuerzas de unidad, [...] perdonemos las ofensas padecidas y dominemos todo sentimiento de rabia y de enfrentamiento»^[21].

Al preocuparnos por los demás, fortalecemos a la Iglesia y a toda la humanidad, y, sobre todo, contribuimos a construir la Iglesia, haciendo posible su misión de llevar el mensaje de Cristo a quienes están a nuestro alrededor, como hicieron los primeros cristianos: «todos quedaron llenos del Espíritu Santo y anunciaban decididamente la Palabra de Dios» (*Hch* 4,31), ya que «la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4,32).

Goretti Garay

[Volver al contenido](#)

III

En primera línea de la transformación del mundo

Una mirada a cualquier red social o página de noticias en internet nos hace ver dos cosas: que hay mucho sufrimiento en el mundo y, por ello, que hay muchas llamadas a construir una sociedad mejor. A veces las voces que hacen esas llamadas parecen armoniosas; otras veces pueden ser discordantes y pedir cosas distintas, e incluso opuestas. Sin embargo, el deseo de hacer lo que es justo, la conciencia de una vulnerabilidad colectiva y la convicción de que debemos cuidar unos de otros, marcan sin lugar a dudas la sensibilidad contemporánea.

Seguir a Cristo significa preocuparse del mundo y sus problemas. Si realmente «el bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre», sino que «han de ser conquistados cada día»^[1], cada uno de nosotros debe preguntarse: ¿Cómo puedo contribuir a ello? ¿Cuál es mi papel?

*Una llamada a sentir
el mundo como nuestro*

Si nos paramos a pensarlo, el mundo es doblemente nuestro. Hemos sido llamados a cocrearlo, por un lado, y a coredimirlo, por otro. El universo, creado en «estado de vía» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 302), ha sido encomendado al hombre para que, mediante su trabajo, colabore en el perfeccionamiento de la creación (*Gn* 1,28). Al mismo tiempo, el mundo está herido por el pecado, por lo que también el sufrimiento está presente. Esto mueve el corazón de Cristo. En el Evangelio vemos cómo, al ver a las multitudes de enfermos, «se llenó

de compasión por ellas, porque estaban maltratadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36), y curaba sus dolencias. De nuevo se conmueve ante quienes lo han seguido varios días y no tienen qué comer (cfr. Mt 15,32), e impulsa a sus discípulos a buscar el remedio, haciéndoles responsables de los demás: «Dadles vosotros de comer» (Lc 9,13). Con lo poco que los discípulos encuentran, Jesús realiza el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Frente al sufrimiento o la indigencia, Jesús se compadece y responde activamente. Sale al encuentro de necesidades materiales, siempre con el objetivo de llegar a las almas y llevarlas a la vida eterna (cfr. Jn 6). Y, así como el Padre le ha enviado, él nos envía a colaborar en su redención (Jn 20,21; Mt 28,18-20).

En otras palabras, el esfuerzo cristiano por promover la solidaridad tiene un motivo mayor que el simple deseo de acabar con el sufrimiento o mitigarlo. Esto es bueno y noble, pero el corazón de Cristo pide más: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros» (Jn 13,35). Un hijo de Dios sabe que la motivación más profunda para la acción social se basa en el amor de Dios al mundo y a toda la humanidad, y en el hecho de que hemos sido llamados a devolver el mundo a Dios Padre, en Cristo, su Hijo: «Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo»^[2].

Virtudes claves para servir a la sociedad

La llamada a transformar el mundo no puede quedarse en una idea abstracta. Cuidar y amar siempre conllevan acción: la justicia, la solidaridad y la caridad son virtudes para ser vividas. Cada una perfecciona un aspecto distinto de las decisiones y actividades que llevamos a cabo en nuestra relación con los demás. Y cada una de

ellas puede ser vivida en dos áreas muy amplias: nuestro afán de renovar los sistemas y estructuras en nuestros círculos sociales y nuestros encuentros con personas.

La definición clásica de justicia es «el hábito que permite dar a cada uno lo que le corresponde»^[3]. Es una virtud que podemos vivir en un plano horizontal, con nuestros compañeros, o vertical, tanto si tenemos autoridad sobre un grupo de personas como si no la tenemos. Una idea clave para vivir esta virtud es entrenarnos en reconocer qué debemos a los demás por nuestra relación con ellos. Podemos, en primer lugar, reflexionar sobre cómo vivimos la justicia en nuestro trabajo, haciéndolo bien y con integridad. Si tenemos autoridad, desearemos buscar verdaderamente el bien de las personas de las que somos responsables, no simplemente nuestro beneficio. Sin embargo, si nos tomamos en serio el hecho de que Dios nos ha confiado el mundo, veremos que nuestra actividad no termina en nuestro círculo inmediato de trabajo y familia. Podríamos considerar participar en otros proyectos o unirnos a iniciativas aparte de lo que ya hacemos, para favorecer que otros miembros de la sociedad puedan alcanzar unas condiciones de vida dignas.

Como virtud, la solidaridad resalta nuestra interdependencia. Si la justicia reconoce que toda persona merece ciertos bienes, la solidaridad reconoce nuestra unidad con otros: compartimos la misma naturaleza humana. Se trata, por eso, de «la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común»^[4], es decir, «pensar y actuar en términos de comunidad»^[5]. Por un lado, el ejercicio práctico de esta virtud es similar al de la justicia: con nuestro trabajo y nuestros proyectos abordamos algunos rasgos de la sociedad, de forma que la ciudad en que vivimos o la comunidad en la que nos movemos sean lugares en los que cada persona pueda alcanzar su plenitud. Por otro lado, la solidaridad también consiste en dedicar tiempo a compartir el sufrimiento, no solo a afrontarlo. Puede que algunos de nosotros prefieran luchar públicamente por alguna causa en concreto y, por ejemplo, se esfuercen por sensibilizar sobre la salud mental y la seguridad psicológica en las familias. Otros preferirán mostrar solidaridad de forma más privada, de tú a tú,

como visitando a ancianos o enfermos, sin publicarlo en las redes sociales. La solidaridad es especialmente sensible a la vulnerabilidad y al sufrimiento: «surge de sabernos responsables de la fragilidad de los demás buscando un destino común» y «se expresa concretamente en el servicio»^[6].

La justicia y la solidaridad cristianas, sin embargo, se fundamentan en algo mayor que reconocer nuestra humanidad común. Gracias a la fe, vemos que compartimos un origen divino y humano, y un destino conjunto^[7]. Nos ha creado un Dios que nos ama y descendemos de Adán y Eva. Aún más: estamos destinados a la felicidad de Dios en Cristo, un fin que alcanzamos al ser incorporados a un Cuerpo, la Iglesia. En resumen, hay una unidad real entre todas las personas, una unidad que se actualiza mediante el amor. La justicia y la solidaridad encuentran su verdadero sentido solo cuando sabemos que en la vida humana, en último término, es el amor —la caridad— lo que nos hace responsables del desarrollo ajeno, en esta vida y con vistas a la siguiente.

De hecho, la caridad nos une primero y sobre todo a Dios^[8]. Una forma concreta en la que esta realidad informa nuestra acción social es asegurando que nuestros objetivos, planes y proyectos sean siempre coherentes con el Evangelio, también cuando no estén explícitamente relacionados con él. Más aún, cuando nos involucramos en actividades en favor de otros, no debemos perder de vista que es la unión con Dios, su gracia, lo que hace posible nuestro amor hacia el prójimo. Mediante la caridad, consideramos al otro «como uno consigo» y esa atención afectiva «provoca una orientación a buscar su bien gratuitamente»^[9]. Si nos relacionamos así con los demás, podemos acercarnos a lo que el Papa Francisco llama «amistad social»: un amor y fraternidad que no excluye a nadie, traspasa fronteras y puede ser una base firme para ciudades y países^[10].

Cada uno de nosotros se encuentra en distintos ambientes y circunstancias. Además, cada sociedad y los grupos que la componen varían de país a país, así que las vías para concretar la justicia, la

solidaridad y la caridad tendrán infinitud de variaciones. Aun así, hay pasos concretos que todos podemos considerar, para convertirnos en la clase de personas que serán agentes de cambio mediante estas virtudes.

*Transformarnos constantemente
para cambiar el mundo*

En todo este proceso, el primer paso es cultivar nuestra capacidad para percibir situaciones de necesidad. Para ejercitar cualquier virtud, primero tengo que darme cuenta de cuál es la situación en la que me encuentro: en este caso, un problema social. Puede que mi objetivo sea pequeño, porque absorbe mi vida cotidiana y mi círculo inmediato de acción. Tal vez sé, en teoría, que hay muchos problemas en el mundo, pero no me he parado a examinarlos de cerca. Quizá me haya acostumbrado a reaccionar con pesar al ver u oír malas noticias, pero nunca me he planteado que esas situaciones pueden interpelarme y yo puedo responder. Puede que todo esto me haga menos sensible a las necesidades de quienes tengo cerca.

Decidir cultivar esa sensibilidad puede pasar por leer más noticias, o prestar atención en mi camino al trabajo, o mirar el tablón (físico, o en alguna red social) de mi parroquia. En toda sociedad hay al menos algún sector necesitado de justicia, solidaridad y caridad: los ancianos a los que nadie acompaña; los enfermos terminales; quienes no tienen acceso a comida, agua o un alojamiento digno; las personas con discapacidad y las familias que los cuidan (o los abandonan). Los que sufren alguna enfermedad mental, niños o adultos con falta de acceso a la educación, comunidades —autóctonas, quizá, o inmigrantes— marginadas. Los sin techo o los refugiados. Las personas que sufren violencia doméstica o abusos, las víctimas de desastres naturales. Los trabajadores con condiciones laborales inhumanas, los presos o quienes viven en lugares de conflicto o con un alto nivel de inseguridad. Las madres solteras —o padres—; quienes sufren acoso escolar, o de otro tipo; las víctimas de adicciones a las drogas o al juego. Quien no tiene acceso a la cultura, el deporte o

el arte, los socialmente abandonados, los niños de la calle... Enumerar estas situaciones nos ayuda a ver que no hay falta de oportunidades para colaborar.

Por eso, el siguiente paso es comprometerse a actuar, no solo sentir. En nuestro mundo corremos el riesgo de permanecer pasivos ante *inputs* constantes. La solidaridad real no lleva solo a sentir compasión por las desgracias que presenciamos, sino también a aliviar el sufrimiento siempre que podamos. Es imposible solucionar todos los problemas, pero tal vez podamos estudiar cómo contribuir a una sociedad más justa, o cómo dedicar parte de nuestro tiempo a un proyecto social, quizá incluso con amigos o en familia. Si los problemas a gran escala parecen fuera de nuestro alcance (aunque quién sabe, puede que no para todos nosotros), quizá podemos ayudar con un donativo a una organización que conozcamos.

Si decidimos involucrarnos en una actividad cívica, otro hábito importante es el de pensar y planear un impacto significativo, incluso si es algo como un día dedicado a ayudar en un centro para personas con discapacidad. Para quienes se ven limitados a actividades a corto plazo, sería una pena ofrecer soluciones a modo de «parches», o buscando un sentimiento de satisfacción o alivio. Para quienes puedan llevar a cabo iniciativas a largo plazo, es importante evitar crear dependencia permanente de esas ayudas. Podemos realizar obras muy buenas si identificamos claramente los objetivos que nos proponemos en el tiempo que tenemos: en esta visita de un día a una casa de acogida para personas con discapacidad, enseñamos a nuestros voluntarios a afirmar su dignidad personal y subrayamos el valor que supone hacer compañía. También podemos llevar a cabo proyectos buenos si estudiamos con seriedad el problema al que nos enfrentamos, para llegar a su raíz, de forma que las intervenciones que diseñemos capaciten a las personas que ayudamos, proporcionando herramientas y habilidades con las que puedan, en último término, ayudarse ellos mismos. En vez de construir casas para comunidades pobres, por ejemplo, podemos involucrar a las personas, de modo que se sientan realmente dueños de sus hogares y se comprometan a un plan de formación para capacitarse para el

trabajo, de forma que consigan así mantener un entorno sano y humano.

El Papa Francisco nos dice que la solidaridad es «mucho más que algunos actos de generosidad esporádicos [...]. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del Imperio del dinero. [...] La solidaridad, entendida en su sentido más hondo, es un modo de hacer historia [...]»^[11].

Expandir nuestra zona de confort

Ser agente de justicia, solidaridad y caridad no se reduce a nuestra actitud personal. Hay por lo menos otros dos ámbitos en los que podemos crecer como cristianos.

Cuando nos involucramos en los problemas que hay a nuestro alrededor, seguramente encontramos más gente que siente la misma pasión por cambiar el mundo, pero cuyas ideas o estilos de vida quizá no están informados por la fe en Cristo. Sin embargo, esto no significa que no podamos compartir objetivos comunes, verdaderamente humanos. Puede que una forma muy concreta de vivir la solidaridad y la caridad sea atrevernos a dialogar con quienes piensan distinto que nosotros, para encontrar una forma de trabajar juntos, en vez de unos contra otros. Quizá el esfuerzo por la justicia tendrá mejores resultados si procuramos superar la polarización, un tema especialmente relevante en nuestra época, tanto *online* como cara a cara. Primero debemos escuchar y dialogar, para encontrar lo que nos une, y así conseguir un bien mayor para quienes más sufren en nuestra sociedad.

Finalmente, podemos atrevernos a dar cada vez un paso más. Por ejemplo, a raíz de intentar vivir la justicia en el trabajo podemos considerar cómo impacta nuestra empresa o institución en la comunidad en la que se mueve. Después, podemos plantearnos la posibilidad de colaborar en una iniciativa social, fuera del ámbito

laboral. Y más tarde, podemos involucrar a más personas. Si elegimos una necesidad que queremos afrontar, si nos comprometemos a actuar y planeamos soluciones a largo plazo, entonces la justicia, la solidaridad y la caridad podrán configurar también la realidad a nuestro alrededor.

Ver a Cristo en cada persona

Miramos a nuestro mundo imperfecto y vemos que las posibilidades de transformación son inagotables. Obviamente hay mucho trabajo por hacer, y aquí hemos detallado algunos hábitos que nos capacitan para llevar a cabo la acción social de forma efectiva y ofrecer soluciones reales a los problemas que vemos. Pero hay algo que debe tener un lugar prioritario en la cabeza y el corazón de un hijo de Dios: la verdadera misión del cristiano en el mundo no consiste meramente en resolver problemas, sino que se trata de dar valor a cada persona.

En otras palabras, la eficacia es importante, pero debemos ir más allá. Podríamos conseguir montar y mantener un programa de alimentación y educación, y así cubrir las necesidades básicas de niños de una comunidad en riesgo, y podríamos lograr crear un compromiso solidario por parte de quienes colaboran en el programa. Pero si aquellos a quienes ayudamos son solo un colectivo anónimo para nosotros, simples «beneficiarios», si los vemos como resultados que nos dan la medida del éxito del programa, o si nos quedamos en nuestro sentimiento de satisfacción ante una buena obra..., entonces no hemos llegado al corazón del Evangelio. La justicia y la solidaridad no pueden separarse de la verdadera caridad, que nos permite ver a Cristo en los demás.

Esto supone, por ejemplo, que en cualquier actividad en la que participemos, o en nuestra forma de comportarnos, intentemos centrarnos en las personas: «La generalización de los remedios sociales [...] —que hacen posible hoy alcanzar resultados humanitarios, que en otros tiempos ni se soñaban—, no podrá suplantarse nunca la ternura eficaz —humana y sobrenatural— de este contacto inmediato, personal, con el prójimo»^[12]. Intentamos ser

conscientes de cómo miramos a las personas a las que ayudamos, saber quiénes son y no solo qué necesitan, porque una persona es mucho más que aquello de lo que carece.

Durante el tiempo que estamos en contacto con aquellos a quienes ayudamos, entramos en sus necesidades y su dolor, ofreciendo cuidado y no un realismo frío o indiferente^[13]. Esto trae verdadero consuelo, un contacto humano que es tan apreciado como el alivio material. Compartimos con ellos tiempo, atención y presencia, consiguiendo —para ellos y para nosotros— la presencia de Cristo. Así les damos ese «don sincero de uno mismo» que es nuestra verdadera realización^[14]. No solo amamos al prójimo, «nos convertimos» en el prójimo de cada uno, así como Cristo nos ha pedido que hagamos^[15].

Pia K. Garcia

[Volver al contenido](#)

IV

Llamados a escuchar

Los Evangelios relatan varios de los diálogos de Jesús con distintas personas, aunque podemos imaginar muchos otros. Uno de los más conmovedores que se nos presentan es su conversación a solas con una mujer samaritana, junto a un pozo. Los apóstoles se asombran al regresar del pueblo al que habían ido a buscar comida y encontrar al Maestro hablando con una mujer, que ha ido sola a por agua, a mediodía, en vez de acudir con las demás mujeres del pueblo en momentos más frescos. Ella misma está sorprendida de que él le dirija la palabra, ya que, como explica el evangelista, «los judíos no se tratan con los samaritanos» (*Jn 4,9*). En esta escena, Jesús nos enseña a interesarnos por todos. Con refinada ternura, la guía suavemente hacia la verdad. No ignora sus creencias erróneas o sus acciones pecaminosas, pero tampoco la condena, acusa o presiona. Reconociendo la fe que tienen en común y escuchando su explicación de lo que ella cree, simplemente responde dando testimonio de la verdad de la revelación y, sobre todo, de la dignidad y el valor que cada persona tiene a sus ojos.

Una conversación cara a cara

Tal vez hayas tenido una experiencia similar: ser escuchado y tomado en serio por alguien, incluso estando en desacuerdo. Quizás esa persona permitió que te expresaras y explicaras tu pensamiento, escuchando atentamente tu punto de vista, sin interrumpirte ni impacientarse. Tal vez hizo preguntas que, aunque eran desafiantes y claramente provenían de una posición distinta, estaban formuladas

con verdadero respeto y genuino interés, demostrando así una escucha atenta.

Puede que te impactara su disposición a cambiar de opinión, a aprender de lo que tenías que decir; ver que una persona puede tener sus propias ideas y a la vez sostenerlas con humildad y una cierta gracia que invitan a un clima de mutuo respeto. No es que tu interlocutor no tuviera una opinión sobre el tema, o que cambiara su postura para coincidir con la tuya, sino que mostraba estima hacia tu persona: demostró que le importabas, incluso aunque no te convenciera de nada más. Esta actitud puede incluso haberte dado nuevo ánimo, no solo para formar y expresar tus propios juicios, sino también para permitir que tus creencias sean confrontadas por las de otros. Al ser escuchado, te sentiste animado a escuchar a los demás. El verdadero diálogo es contagioso.

Quizás la discusión fuera sobre algo intrascendente, como, por ejemplo, si una serie en particular merece la pena. Eres un gran fan, pero con exquisito tacto la otra persona logró expresar delicadamente su desacuerdo sin que te sintieras insultado. O puede que haya sido sobre un tema más serio, de política o economía. Hay muchas formas válidas de organizar la sociedad: desarrollar y promover una posición en lo que podríamos llamar la esfera «temporal» es signo de una madurez humana saludable, pero poder escuchar y aprender desde la posición de otros es aún mejor. Hay algunos problemas que trascienden lo temporal, como cuestiones religiosas o éticas. Si este fue el tema de conversación, entonces había una verdad objetiva en juego. Pero de alguna manera tu interlocutor no solo mantuvo un desacuerdo tranquilo, sino también una consideración reflexiva hacia lo que querías decir.

Sea cual sea el tema en cuestión, esta persona te comunicó la verdad más importante de todas: que eres importante, que tienes valor, que eres amado. «No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario»^[1]. El hecho de que cada persona es creada por amor es

la primera verdad que todos estamos llamados a abrazar y la primera verdad que estamos llamados a compartir con los demás. Al hablar sobre esta hermosa realidad de la dignidad humana, la constitución *Gaudium et spes* explica: «[El hombre] existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador»^[2].

Diálogo: juntos hacia la verdad

El verdadero diálogo se establece cuando dos personas que hablan entre sí buscan la verdad. Cada uno tiene su propia perspectiva y experiencia, y aunque esto haya cuajado en una convicción fuerte, el diálogo no construye muros; al contrario, se caracteriza por la apertura al otro y el deseo de aprender de él. Esto se debe a que el diálogo genuino está motivado por el deseo de acercarse cada vez más a la verdad, y si es posible, en compañía.

No nos involucramos en el diálogo para defender nuestras opiniones o convencer a otros, sino para caminar juntos hacia la verdad. Como dijo el Papa Francisco en el Día Mundial de las Comunicaciones: «Necesitamos resolver las diferencias mediante formas de diálogo que nos permitan crecer en la comprensión y el respeto. La cultura del encuentro requiere que estemos dispuestos no sólo a dar, sino también a recibir de los otros»^[3]. Eso significa estar abiertos a recibir cualquier luz que pueda venir de la otra persona, bien porque contribuye positivamente a nuestro conocimiento, bien porque revela una grieta en nuestra postura de la que no éramos conscientes. «Y tratando de comprender a los demás, de entender sus puntos de vista, se descubren aspectos verdaderos que no se habían considerado, se afinan mejor las propuestas y, en definitiva, se hace uno más comprensible. Si, en cambio, el trabajo de comunicación ignora las preguntas o perplejidades del otro, el monólogo suplanta al diálogo»^[4].

Curiosamente, el primer mandamiento, tanto en la ley judía como en la enseñanza de Jesús a los cristianos, comienza con un verbo imperativo que precede al propio mandamiento: «Escucha, Israel» (*Dt* 2,4 y *Mc* 12,19). El amor a Dios y el amor a los demás implican necesariamente abrir los oídos, estar atentos a la palabra de Dios y a las necesidades de quienes nos rodean.

Si la verdad misma es nuestro más alto motivo para el diálogo, nunca podemos descuidar una de las mayores verdades de todas: el amor de Dios por la persona con la que estamos tratando. Por mucho bien que esperemos hacer al convencer a alguien de la verdad sobre cualquier tema en particular, no podemos hacerlo a expensas de la verdad sobre su dignidad como persona. Independientemente de lo que esté en discusión, nuestro respeto hacia los demás no puede depender de que estén de acuerdo con nosotros. Nuestro modo de tratar a las personas dice más que cualquier argumento y debería hablar sobre su dignidad personal como hijos de Dios. «El ser humano debe ser respetado con devoción religiosa. Debemos tratarnos unos a otros con aquel sentido de temor reverencial que sentimos cuando estamos en presencia de lo sagrado, porque eso somos los seres humanos: seres creados a imagen de Dios (cfr. *Gn* 1,27)»^[5].

La responsabilidad de ser libres

Esta realidad de la dignidad humana es la base misma de la libertad, incluyendo la libertad de opinión y expresión, así como la libertad religiosa y de conciencia. Precisamente porque cada persona es creada por Dios como un individuo único, y también con su propia libertad humana, podemos discrepar unos de otros en lo que consideramos verdadero. Que de esta libertad resulte una gran diversidad de opiniones y enfoques sobre las cosas evidencia que el ser humano es de alguna manera trascendente, y no está determinado por algún impulso básico o instinto que todos tengamos en común. «Cuando se comprende a fondo el valor de la libertad, cuando se ama apasionadamente este don divino del alma, se ama el pluralismo que

la libertad lleva consigo»^[6]. La diversidad es algo digno de celebrar en la medida en que es una expresión de libertad, porque la libertad misma es algo que debe ser amado y protegido.

Paradójicamente, esta libertad, que surge de nuestra dignidad humana, es una libertad que estamos obligados a usar por nuestra misma naturaleza, por estar «dotados de razón y de voluntad libre, y enriquecidos por tanto con una responsabilidad personal»^[7]. Podemos y debemos tomar una postura en las muchas «cosas dejadas por Dios a la libre discusión de los hombres [...] por ejemplo, en relación a las diversas opiniones filosóficas, de ciencia económica o de política, a las corrientes artísticas y culturales, a los problemas de su vida profesional o social, etc.»^[8]. En estas cuestiones, san Josemaría siempre animaba a los católicos a defender «la libertad personal que los laicos tienen para tomar, a la luz de los principios enunciados por el Magisterio, todas las decisiones concretas de orden teórico o práctico [...] que cada uno juzgue en conciencia más convenientes y más de acuerdo con sus personales convicciones y aptitudes humanas»^[9].

Si bien esta es una libertad que todos disfrutan, pertenece de manera especial a los laicos, cuyas diversas vocaciones personales tienen en común la misión de santificar el mundo desde dentro. A los cristianos corrientes Dios nos habla a través de las circunstancias y relaciones de nuestra vida diaria, y compartimos esta verdad con los demás a través de nuestras conversaciones, amistades y trabajo, llevando así a Cristo a la cima de todas las actividades humanas. Sin embargo, estas actividades del ámbito secular, por su naturaleza, generalmente pueden llevarse a cabo de muchas maneras, y en la medida en que sean compatibles con la verdad, todas son igualmente válidas. «El cristiano debe reconocer la legítima pluralidad de opiniones temporales discrepantes»^[10]. O, como le gustaba repetir a san Josemaría, «no hay dogmas en las cosas temporales»^[11].

Donde sea que Dios nos haya colocado, podemos estar seguros de encontrar a muchas personas buenas, católicas o no, que proponen soluciones y enfoques diferentes, pero también legítimos, para

promover el bien común. Por supuesto, esto no significa que debamos simplemente adoptar las ideas del prójimo sin pensar, o peor aún, no adoptar ninguna posición. Esto sería menospreciar nuestra propia libertad y privar al mundo de la contribución que podríamos hacer. Además, si no contribuimos a la gran diversidad de opiniones que están en línea con la verdad, aquellas que no aciertan pueden convertirse en las más ruidosas y populares. «Los hijos de Dios, ciudadanos de la misma categoría que los otros, hemos de participar sin miedo en todas las actividades y organizaciones honestas de los hombres, para que Cristo esté presente allí. Nuestro Señor nos pedirá cuenta estrecha si, por dejadez o comodidad, cada uno de nosotros, libremente, no procura intervenir en las obras y en las decisiones humanas, de las que dependen el presente y el futuro de la sociedad»^[12]. Al mismo tiempo, aunque somos libres, y tenemos la responsabilidad personal de participar en los debates del mundo que nos rodea y establecer y promover nuestra propia posición, lo mismo es cierto para nuestro prójimo.

Libertad y error

Esta libertad tiene lugar en cualquier diálogo entre personas, incluso cuando la verdad está en juego. Tenemos la suerte de ser seres libres e inteligentes, y la «mala suerte» de que nuestra inteligencia es limitada, por lo que al afrontar cuestiones contingentes, difíciles, o que dependen del tiempo, espacio o sensibilidad humana, el resultado es una amplia variedad de opiniones.

La libertad es lo que nos permite pensar que el helado de vainilla es mejor que el de chocolate, o que una república es mejor que una monarquía. Sin embargo, también nos permite creer en algo objetivamente falso, como que la venganza está justificada o incluso que Dios no existe. La ignorancia y el error pueden tener en su raíz la libertad, ya que podemos hacer mal uso de este gran regalo. En este caso, sin embargo, las diferencias sobre lo que sabemos y creemos no son solo una expresión de libertad, sino que también pueden ser una manifestación de la limitación humana y a veces del pecado. Por eso

no es la diferencia en sí misma lo que amamos, sino la libertad. ¿Deberíamos realmente defender la libertad incluso cuando sabemos que podría llevar al error e incluso al pecado? De hecho, Dios mismo ha amado nuestra libertad hasta tal punto que nos da la libertad incluso aunque nos aferremos voluntariamente al error.

Es importante distinguir que la esencia de la libertad no consiste en la posibilidad de equivocarse. Podríamos incluso caer en la tentación de hacer lo opuesto a lo que sabemos que es bueno, en un intento de afirmar nuestra independencia. Sin embargo, la verdadera libertad es aquella que encuentra la verdad y actúa en consecuencia. Lo contrario sería caer en ataduras que nos incapacitan para ver, elegir y disfrutar lo verdadero y bueno.

Por tanto, amar y defender la libertad de cada persona —no solo para tener una opinión que no compartimos, sino también para aferrarse a una creencia errónea— no es lo mismo que amar o defender el error en sí mismo. El relativismo moral es fingir que no hay verdad y que, por lo tanto, lo que uno piensa no importa realmente, o que todo lo que uno considera verdadero es igual y lo que importa es que uno lo piensa. Podríamos estar tentados a pensar que lo caritativo ante las diferencias es ser indiferente, adoptar la actitud de «tú tienes tu verdad y yo tengo la mía». Pero la verdadera caridad nunca es indiferente. La caridad busca el bien del otro. Sabe que el respeto es el único camino para que cada uno pueda llegar a la verdad, y que la meta es gozar juntos de la libertad que nos da conocer y amar a Dios.

Porque los demás nos importan, no solo queremos acercarnos cada vez más a la verdad, sino que también queremos esto para ellos. Sabemos que la verdad los hará aún más libres (cfr. *Jn* 8,32). Y así, sin negar la libertad de los demás, estamos dispuestos a hacer lo que podamos para ayudarlos, siempre abiertos a recibir ayuda de su parte también. «La verdad debe buscarse de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante una libre investigación, sirviéndose del magisterio o de la educación, de la comunicación y del diálogo, por medio de los cuales unos exponen a otros la verdad que han encontrado o creen haber encontrado, para

ayudarse mutuamente en la búsqueda de la verdad; y una vez conocida ésta, hay que aceptarla firmemente con asentimiento personal»^[13]. Por nuestra dignidad humana, cada uno de nosotros es libre en la búsqueda de la verdad, y lo que elijamos creer es nuestra propia elección libre, pero dependemos unos de otros, del diálogo y de comprometernos y acompañarnos libremente en la búsqueda.

Hijos de Dios

Comentando las palabras de Jesús: «La verdad os hará libres» (*Jn* 8,32), san Josemaría amplió: «¿Qué verdad es ésta, que inicia y consume en toda nuestra vida el camino de la libertad? Os la resumiré [...]: saber que hemos salido de las manos de Dios, que somos objeto de la predilección de la Trinidad Beatísima, que somos hijos de tan gran Padre. [...] No lo olvidéis: el que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima»^[14]. Esta es nuestra identidad fundamental, más profunda que la posición que establecemos sobre cualquier tema. Sin importar cuán diferentes sean nuestras opiniones, esto también es cierto para nuestro interlocutor. Podemos vivir y transmitir esta verdad cuando participamos en el diálogo con el espíritu que Cristo nos ha enseñado.

Así, nos vamos identificando con Cristo, quien, por ser Dios, era infinitamente libre. No porque pudiera elegir el mal, sino porque disfrutaba del bien. También los ángeles y los santos nos han precedido en este camino de libertad. Cada uno desde su carácter, sus gustos e intereses, su trabajo, su época... unidos en el amor a Dios y a los demás.

* * *

Es posible que hayas tenido la experiencia de alguien que se negó a escucharte. O dio la impresión de escuchar, aunque impacientemente, mientras que en realidad estaba ansioso de que dejaras de hablar, preparándose como un león a punto de atacar para destrozar cada uno de tus puntos, uno por uno. Tal vez tuviste la sensación de que tus instintos entraban en juego, se te aceleraba el corazón y te aumentaba la presión. Notaste la urgencia de hablar fuerte y defender

tu posición. Quizás tu interlocutor fue realmente agresivo o hizo del asunto algo personal. Probablemente lo último que te apetecía hacer era ser comprensivo. Pero la caridad requiere comprensión en todas las circunstancias, una comprensión que comunica el amor de Dios. Si sientes que esto está más allá de ti, tienes razón. «Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo» (*Lc 6,32-33*). Dialogar con aquellos que piensan como uno mismo, escuchar a aquellos que nos escuchan, es natural. Pero a veces ser comprensivo es realmente sobrenatural, un testimonio de Dios actuando en nosotros como sus instrumentos, trayendo su ternura y afecto, «porque él mismo es bondadoso con los malvados y desagradecidos» (*Lc 6,35*). Es tratando a los demás según su dignidad como hijos de Dios que nosotros mismos seremos «hijos del Altísimo» (*Lc 6,35*).

Stacey Hope-Bailie

[Volver al contenido](#)

V

Hijos agradecidos

El comienzo del libro del Génesis pone de relieve el poder universal e ilimitado de Dios, pues sólo él tiene dominio absoluto sobre todas las cosas y lo ejerce para dar origen a la vida. En el contexto de la creación, Dios confía a la primera pareja humana, creada a su imagen y semejanza, la tarea de someter la tierra y de dominar todo ser viviente (cfr. *Gn* 1,26-29). La palabra hebrea «imagen» utilizada en el texto significaba estatua, escultura o representación, y también se refería a las imágenes de los dioses que presidían los templos (cfr. *Ez* 7,20; 16, 17; *2Re* 11,18; *Nm* 33,52). De este modo, al igual que los reyes de la época erigían imágenes de sí mismos para marcar su dominio en tierras lejanas, Adán fue colocado en la tierra como imagen de Dios y representante de su soberanía.

En el segundo relato, Adán recibe el encargo de dar nombre a los animales. Nombrar algo implica someter el objeto nombrado a un orden que determina, en cierto sentido, el lugar que debe ocupar en el mundo. Adán participa de la autoridad divina y ha sido designado representante de Dios en la tierra, gobernando en nombre del soberano divino. Dios, a su vez, acepta los nombres dados por Adán a las criaturas. El hombre, por tanto, ejerce un dominio sobre la creación, y el ejercicio de este dominio significa que el destino del cosmos está vinculado a la libertad humana, por el mismo designio creador.

Todo esto puede parecer una realidad algo lejana que no tiene influencia práctica en la vida cotidiana del cristiano. Sin embargo, «en el Credo de Israel, afirmar que Dios es Creador no significa solamente expresar una convicción teórica, sino también captar el horizonte original del actuar gratuito y misericordioso del Señor en favor del hombre. Él, en efecto, libremente da el ser y la vida a todo lo

que existe»^[1]. El principio de la creación divina de todas las cosas, manifestado muchas veces en la Sagrada Escritura, nos da una clave para comprender la realidad y actuar en consecuencia: la gratitud que proviene de la gratuidad del amor de Dios.

«Te doy gracias, Padre»

La gratitud consiste en la disposición adecuada de la voluntad para reconocer y corresponder a un bien recibido. No sólo implica sentimientos de aprecio o reconocimiento, sino también una respuesta práctica, que conduce a palabras o acciones que la expresan. Por lo tanto, la gratitud implica una mirada capaz de reconocer el beneficio recibido y, a la vez, conduce a una actuación coherente con esta convicción.

En el Evangelio encontramos a menudo referencias a tantas personas que tuvieron detalles con Jesús, desde quienes cuidaron de su familia en Belén (los pastores, los magos), hasta aquellos que hicieron un poco más llevaderos el Calvario y la Cruz (Simón de Cirene, el buen ladrón, José y Nicodemo, las mujeres que acompañaban a María...). Personas que se llevarían una mirada, una sonrisa o unas palabras agradecidas de Jesús.

Entre todos estos ejemplos, el «gracias» de Jesús que resuena con más fuerza es aquel que dirige a su Padre: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11,25). «Estas cosas», la sabiduría de Dios que Jesús nos enseña, es, al igual que la creación, un conocimiento de Dios y del mundo asequible a todos. Es un lenguaje que es más fácil de entender para «los pequeños», aquellos que miran el mundo con sencillez y sin prejuicios, y son conscientes de haberlo recibido todo.

Una mirada y un corazón agradecidos

Como recuerda el Compendio de la doctrina social de la Iglesia, «la actitud que debe caracterizar al hombre ante la creación es

esencialmente la de la gratitud y el reconocimiento: el mundo, en efecto, orienta hacia el misterio de Dios, que lo ha creado y lo sostiene [...]. El mundo se presenta a la mirada del hombre como huella de Dios, lugar donde se revela su potencia creadora, providente y redentora»^[2].

Desde su fe en la creación y su mirada agradecida, el cristiano está llamado a moldear sus acciones según la aceptación agradecida de los dones divinos. En el ejercicio de su libertad, el hombre puede optar por una actitud de poder autónomo, excluyendo el dominio divino, o, por el contrario, elegir apreciar la realidad como un don, reforzando así su dependencia de adoración a Dios. En el primer caso, las cosas creadas se consideran objetos que se manipulan y poseen arbitrariamente, mientras que en el segundo se tratan como dones y, por tanto, se reciben, admiran, comprenden, disfrutan, comparten y, sobre todo, se remiten a Dios, de quien proceden. Toda decisión humana, por concreta que sea o irrelevante que parezca, implica en última instancia la aceptación agradecida de los dones de Dios, o su rechazo.

Tal vez nos vengan a la cabeza tantos ejemplos del día a día: la celebración de una ocasión especial con familiares y amigos, un logro en nuestra vida profesional, la oportunidad de una nueva experiencia, disfrutar compartiendo algún talento... De hecho, los dones divinos, en sentido amplio, comprenden toda la realidad que hemos recibido, incluyendo el universo material y la relación con los demás.

La aceptación agradecida de estos dones se manifiesta de manera singular en la aceptación y acogida del otro como un don: “Creada a imagen y semejanza de Dios (cfr. *Gn* 1,26), y constituida en el universo visible para vivir en sociedad (cfr. *Gn* 2,20.23) y dominar la tierra (cfr. *Gn* 1,26.28-30), la persona humana está llamada desde el comienzo a la vida social: «Dios no ha creado al hombre como un “ser solitario”, sino que lo ha querido como “ser social”. La vida social no es, por tanto, exterior al hombre, el cual no puede crecer y realizar su vocación si no es en relación con los otros”^[3]. La consecuencia de la

aceptación agradecida del otro es el cuidado de los demás, que pasa por la preocupación y edificación del bien común.

Acoger al otro como don: una invitación al bien común

El Papa Francisco recuerda que la ecología integral —concepto estrechamente relacionado con el cuidado de la creación, entendida no solamente como naturaleza, sino también en su dimensión humana y social— es inseparable de la noción de bien común, en la medida en que este principio desempeña un papel central y unificador en la ética social. Nuestra dedicación a preservar y cuidar la creación será tanto más genuina cuanto más se oriente a la promoción del bien común, entendido como «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección»^[4], es decir, el desarrollo humano integral y sostenible.

Cuando nos encontramos con los problemas de los demás o de la comunidad en la que vivimos, como cristianos deberíamos sentir la inquietud de ir a su encuentro: es entonces cuando estamos llamados a responder con la responsabilidad y la generosidad de quien busca efectivamente el bien de todos los hombres. El ideal del bien común —que no es algo abstracto, sino que tiene un contenido muy concreto— se presenta entonces como una llamada a todos los miembros de la sociedad a colaborar según sus propias capacidades y a ir más allá de sus intereses particulares. Esto implica no guiarse exclusivamente por los propios intereses, sino apuntar a un horizonte iluminado por la caridad, que se expresa en la apertura a los demás y en la capacidad de armonizar los distintos aspectos —familiares, sociales, políticos, culturales, técnicos, etc.— que caracterizan a una sociedad compleja como la nuestra.

En esta perspectiva subyace la conciencia de la infinita dignidad de toda persona humana, más allá de cualquier circunstancia y en cualquier estado o situación; y de que, por ello, el orden de las cosas debe estar subordinado al orden de las personas y no al revés, como el mismo Señor dio a entender cuando dijo que el sábado fue hecho para

el hombre, no el hombre para el sábado (cfr. *Mc* 2,27). Este orden, fundado en la verdad y animado por la caridad, perfila el objetivo prioritario del bien común: una sociedad que quiere estar al servicio de los seres humanos en todos los niveles.

Una manifestación de este desafío la encontramos, por ejemplo, en el impacto de la tecnología. No podemos ignorar los signos de los tiempos actuales, en los que las relaciones sociales se han vuelto más complejas debido a la facilidad y rapidez de la comunicación, el transporte y tantos otros medios tecnológicos que introducen nuevos estilos de vida y formas de asociación interpersonal. Estos medios traen consigo una cierta ambigüedad, en la que el progreso en general va acompañado de la posibilidad de riesgos para la dignidad y el desarrollo humanos. El impacto de las innovaciones puede dar lugar tanto a iniciativas solidarias como al drama de conflictos y divisiones, según la postura que se adopte; a reconectar con las personas o a tener una relación más superficial con ellas; al aprendizaje o a la adicción; a la explotación de la persona o a nuevas posibilidades de desarrollo... Acoger la creación en este caso significa salvaguardar el respeto de la persona como tal, en el fin y en los medios, y guiarse por unos principios éticos y no eficientistas.

Edificar el bien común en comunión

Es necesario que cada uno de nosotros asuma su parcela en el bien común, es decir, que aportemos lo que hemos sido llamados a hacer en este mundo, lo que sólo nosotros podemos ofrecer, porque nadie puede sustituirnos en esta tarea. Esta actitud va en contra de una postura pasiva, de una indiferencia acomodada o de un individualismo encerrado en la búsqueda del propio bienestar, porque implica un compromiso continuo y un complicarse la vida para colaborar en la formación de un ambiente de comunión. «Porque una cosa es sentirse obligados a vivir juntos, y otra muy diferente es apreciar la riqueza y la belleza de las semillas de la vida en común que hay que buscar y cultivar juntos»^[5].

En su aspecto dinámico, el bien común se realiza en las actividades ordinarias de cada ciudadano. Al fin y al cabo, las condiciones sociales se establecen a través de las relaciones personales y el trabajo, que pueden contribuir o perjudicar a un sólido orden social, jurídico y de servicios (que a menudo coincide con los derechos humanos básicos, como la alimentación, la vivienda, el transporte...). Para eso, es esencial cumplir nuestras tareas diarias con excelencia, llevándolas a cabo con competencia y pasión. ¿Cómo podemos hacerlo? Informándonos y desarrollando una conciencia más profunda de la realidad que nos rodea, sin caer en la trampa de la resignación con el pretexto de que nuestras acciones no tienen ninguna repercusión. Cristo mismo pone como medida de su juicio acciones pequeñas (dar de comer, dar de beber, vestir...) realizadas a personas pequeñas (mis hermanos más pequeños) (cfr. *Mt* 25,31-46).

Por otra parte, el magisterio eclesial ha reiterado siempre la llamada de los cristianos a participar y asumir responsabilidades en la vida pública. La constatación de que necesitamos una comunidad más amplia debería llevarnos a combinar fuerzas para promover mejor el bien común en comunión con los demás. En este sentido, Jesús nos da el ejemplo del buen samaritano (cfr. *Lc* 10,25-37) que, con sus acciones, nos hizo caer en la cuenta de que «la existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás: la vida no es tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro»^[6].

De todos estos aspectos en su conjunto, surge lo que podemos llamar la dimensión intrínseca del bien común, que significa fundamentalmente vivir bien en comunidad. En otras palabras, no basta con hacer el bien a los demás, sino que hay que querer hacer el bien *con* los demás. La solidaridad va más allá de la responsabilidad personal en un empeño concreto: conduce al deseo de estar con los demás y trabajar con ellos para ayudarles a alcanzar sus objetivos. La fuerza de esta perspectiva reside en darse cuenta de que el bien común no se refiere sólo a las condiciones, que son sólo externas, sino

que sobre esa base y a través de las relaciones se construye el bien individual y social.

La suma de muchos pocos

El simple hecho de ser conscientes de que estamos juntos es en sí mismo un bien, en la medida en que aporta la seguridad de un entorno en el que las insuficiencias y los errores personales encuentran en el otro un apoyo y una ayuda para superarlos. Cuando una comunidad se une ante una catástrofe natural, por ejemplo, para ayudar a salvar a las personas y a su entorno, a pesar del dolor, del sufrimiento o del cansancio, hay una plenitud interior por haber hecho el bien juntos y una profunda gratitud compartida. El reto es conseguir esa misma intensidad en el día a día.

Es algo de lo que seguramente hayamos tenido experiencia, pero no siempre es fácil tener presente el bien que aportan los demás: puede que nuestra tendencia sea la de resolver las cosas por nuestra cuenta, o la de pedir un favor, o hacerlo, llevando siempre la cuenta de debe y haber.

Avanzar hacia el bien común intrínseco, en cambio, requiere una formación que nos permita entrar en la lógica de la gratuidad de las relaciones, de la misericordia y de la comunión. «Gozamos de un espacio de corresponsabilidad capaz de iniciar y generar nuevos procesos y transformaciones. Seamos parte activa en la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas. Hoy estamos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna, de ser otros buenos samaritanos que cargan sobre sí el dolor de los fracasos, en vez de acentuar odios y resentimientos. Como el viajero ocasional de nuestra historia, sólo falta el deseo gratuito, puro y simple de querer ser pueblo, de ser constantes e incansables en la labor de incluir, de integrar, de levantar al caído [...]. Alimentemos lo bueno y pongámonos al servicio del bien»^[7].

Así, gratuidad y gratitud van de la mano: guían nuestra relación con los demás, fundamentándola en nuestra relación con Dios. Una relación de hijos agradecidos y responsables.

* * *

El libro del Génesis revela que el hombre está llamado a ser el guardián y protagonista de la creación, ejerciendo una soberanía compartida porque la ha recibido de Dios, el único soberano. De hecho, lo hemos recibido todo de él y nunca podremos agradecersele suficientemente. Sin embargo, lo que está en nuestras manos no es poco: mediante una actitud de aceptación agradecida de los dones divinos, estamos llamados a reconocerlos como tales y a cuidar, desarrollar y enriquecer la creación. Esta actitud de gratitud se extiende a la acogida del otro como don y se traduce en la participación y responsabilidad de cada uno en la edificación del bien común, ya sea en las relaciones cotidianas o en la acción pública, y sobre todo en el hacer el bien con los demás. Es así que el hombre actualiza y realiza su condición de ser social, haciendo brillar los lazos de fraternidad mientras contribuye al florecimiento de los demás.

**Letícia Braga
y Vitória Volpato**

[Volver al contenido](#)

- [1] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 400.
- [2] san Josemaría, *Carta* n. 3 («Sobre la misión del cristiano en la vida social»), n. 31.
- [3] Francisco, *Fratelli tutti*, n. 57.
- [4] Francisco, *Fratelli tutti*, n. 85.
- [5] Fernando Ocáriz, *Carta* 19.III.2020, n. 7.
- [6] Aleluya de la Solemnidad de Pentecostés, ciclo B.
- [7] Benedicto XVI, *Audiencia* 1-II-2012.
- [8] Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 36.
- [9] *Ídem*, 75.
- [10] Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 2.
- [11] San Josemaría, *Carta* n. 3, n. 37.
- [12] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2032 y 2420.
- [13] *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 164.
- [14] Cfr. *ídem*, 171.
- [15] *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 186.
- [16] *Ídem*, 185.
- [17] *Ídem*, 189.
- [18] *Ídem*, 195.
- [19] Benedicto XVI, *Audiencia general*, 25-IV-2012.
- [20] Francisco, *Fratelli tutti*, 181.
- [21] San Josemaría, *Amigos de Dios*, 11.
- [22] Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 6.
- [23] Benedicto XVI, *Audiencia general*, 25-IV-2012.

- [1] San Justino, *I Apología*, 67.
- [2] Cfr. Francisco, *Fratelli Tutti*, 116, 137, 168-169, 179, 183, 186.
- [3] Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 83.
- [4] Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 14.
- [5] Francisco, *Fratelli Tutti*, 57.
- [6] Cfr. *Rom* 12,4-5; *1Cor* 10,17; *1Cor* 12,13.
- [7] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 404; cfr. santo Tomás de Aquino, *Quaestiones disputatae de malo*, 4,1.
- [8] Cfr. Francisco, *Audiencia* 9.V.2018; *Ef* 4,20-24.
- [9] San Ireneo, *Contra herejes*, III, 23, 2.
- [10] San Efrén el Sirio, *Himno* 49.
- [11] Cfr. Juan Pablo II, *Audiencia general*, 29.VII.1998.
- [12] Cfr. Hilario de Poitiers, *In Mt.* IV 12.
- [13] Cfr. De Lubac, *Catolicismo*, 37-38.
- [14] Cfr. *Lumen Gentium*, 7.
- [15] C. S. Lewis, *Cartas del diablo a su sobrino*, Rialp, Madrid, 2015, 20-21.
- [16] Fernando Ocáriz, «Agrandar el corazón» en *Be Do Care*, 29.IX.2022.
- [17] Cfr. De Lubac, *Catolicismo*, 46.
- [18] Francisco, *Lumen Fidei*, 39.
- [19] San Josemaría, *Forja*, 951.
- [20] San Josemaría, *Carta* n. 4, n. 19 (1Co 1,13).
- [21] Benedicto XVI, *Homilía* 19.IV.2008.

^[1] Francisco, *Fratelli Tutti*, 11.

^[2] *Gaudium et Spes*, 39.

^[3] «...la justicia es el hábito según el cual uno, con constante y perpetua voluntad, da a cada uno su derecho. Y esta definición es casi igual a aquella que pone el Filósofo en V Ethic., diciendo que la justicia es el hábito según el cual se dice que uno es operativo en la elección de lo justo»: *Summa Theologica* II-II, Q. 58, Art. 1 co.

^[4] *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 193.

^[5] *Fratelli Tutti*, 116.

^[6] *Fratelli Tutti*, 115.

^[7] Cfr. *Laudato si'*, 202.

^[8] *ST* II-II Q. 26, Art 1 co. y Art. 2 co.

^[9] *Fratelli Tutti*, 93.

^[10] Cfr. *Fratelli Tutti*, 94, 99.

^[11] *Fratelli Tutti*, 116.

^[12] San Josemaría, *Carta 24-X-1942*, n. 44.

^[13] Cfr. Fernando Ocáriz, *Carta 14-II- 2017*, 31.2.

^[14] Cfr. *Gaudium et Spes*, 24: «[Jesús] sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás».

^[15] Cfr. *Fratelli Tutti*, 81: «La propuesta es la de hacerse presentes ante el que necesita ayuda, sin importar si es parte del propio círculo de pertenencia. En este caso, el samaritano fue quien se hizo prójimo del judío herido. Para volverse cercano y presente, atravesó todas las barreras culturales e históricas. La conclusión de Jesús es un pedido: “Tienes que ir y hacer lo mismo” (Lc 10,37). Es decir, nos interpela a dejar de lado toda diferencia y, ante el sufrimiento, volvernos

cercanos a cualquiera. Entonces, ya no digo que tengo “prójimos” a quienes debo ayudar, sino que me siento llamado a volverme yo un prójimo de los otros».

[1] Benedicto XVI, *Homilía* en la misa de inicio del ministerio petrino, 24 de abril de 2005.

[2] *Gaudium et Spes*, n. 19.

[3] *Mensaje* del Santo Padre Francisco para la XLVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones, 1 de junio de 2014.

[4] Fernando Ocáriz, *Discurso* en la clausura del XI Seminario Profesional de Oficinas de Comunicación de la Iglesia, 19 de abril de 2018.

[5] Conferencia episcopal estadounidense, *Justicia económica para todos*, 1986, n. 28.

[6] San Josemaría, *Conversaciones*, n. 98.

[7] *Dignitatis Humanae*, n. 2.

[8] *Conversaciones*, n. 12.

[9] *Idem*.

[10] *Gaudium et Spes*, n. 75.

[11] «*Las riquezas de la fe*», *ABC*, Madrid, 2 de noviembre de 1969.

[12] *Idem*.

[13] *Dignitatis Humanae*, n. 3.

[14] San Josemaría, *La libertad, don de Dios*, n. 26.

- [1] *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 26.
- [2] *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 487.
- [3] Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Libertatis conscientia*, 32: AAS 79 (1987) 567.
- [4] *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 164.
- [5] Francisco, *Humana communitas*, 6.
- [6] Francisco, Videomensaje al TED 2017 de Vancouver (26 abril 2017): L'Osservatore Romano (27 abril 2017), p. 7.
- [7] *Fratelli tutti*, 77.